

LA NOVELA FILM

N.º 49

30 cts.



TACAÑA DE AMOR

# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vile  
Urgel, 7. BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96  
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 49

Prohibida la  
reproducción

## *Zacaña de amor*

(The love piker, 1923)

Comedia muy original interpre-  
tada por la simpática artista

**ANITA STEWART** 



PRODUCCIÓN  
GOLDWYN  
COSMOPOLITAN  
CORPORATION

RAMBLA DE CATALUÑA, 122

BARCELONA



## *Tacaña de amor*

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Uno, dos bólidos cruzan la carretera que conduce a la ciudad.

En uno de esos bólidos van dos señoritas. Muy mona una de ellas y no menos preciosa la otra.

En el segundo bólido va un joven.

¿Se hacen la competencia en la velocidad?

Cálma. Déjenlos correr. Se trata de dos automóviles de marca reforzada. Lo más que a sus ocupantes les puede ocurrir es visitar las alturas si el motor se cansa de revolucionar en su caja.

Pero, vamos a ver: ¿por qué corren de esa manera? A lo mejor fallan un viraje y ¡ca-tapan! al abismo con todo el equipo.

El "auto" de las dos mujeres le lleva una ligera ventaja al del joven, quien grita, pero no consigue que le oigan aquéllas.

Las dos automovilistas tienen su respectivo nombre: el de Esperanza, la que guía el coche; y Edith, su compañera.

—Mira atrás, Edith, y ve si ese hombre nos está ganando terreno— dícele de pronto la "chauffeur" a su amiga.

—Sí, Esperanza, sí. Cada vez se acerca más. ¡Qué interesante y que romántico!

—No digas eso, Edith. Para mí no es romántico nada que vaya montado en un automóvil tan raquítico como ese.

—Es natural que si lo comparas con el tuyo... se queda en pañales y aun le haces favor.

—A lo que veo, pretende alcanzarnos y se va a llevar chasco.

—Apuesto a que su intento es asaltarnos y robarnos nuestras joyas y nuestros monederos. ¿Verdad que sería esto algo muy emocionante?

—Menos mal si fuese así... la cosa sería digna de contar. Le dejaré que nos alcance.

Así iba a hacerlo Esperanza, cuando un agente de vigilancia del tránsito rodado por aquella carretera, la conminó con su reconocida y temida autoridad para detener su coche.

—Es verdad que vamos muy de prisa, señor—le dijo Esperanza al motociclista de servicio—, pero es que...

—Nada, señorita; no puedo apartarme de la Ley, y en su nombre le impongo a usted la obligación de ir mañana al Tribunal Correccional, pues voy a presentar denuncia. Tome usted el duplicado de mi aviso al juez.

En esto llegó el automóvil del joven perseguidor, que saltó de él y, fingiendo enojo, se

presentó ante las señoritas y devolvió a Esperanza una prenda de abrigo, diciéndole:

—Aquí tiene usted la piel que se le cayó... Esta es la única razón por la que quise darle alcance.

La sorpresa de las mujeres fué para no descrita. Pero el tono de voz y la lección del joven, si que también el resultado de aquella endiablada carrera, que terminaba en anuncio de multa, llenaron de despecho a la orgullosa Esperanza.

Tampoco el joven escapó al castigo que dictaban las ordenanzas municipales respecto de la excesiva marcha de los automóviles.

Así, pues, al día siguiente, a la misma hora, con apenas un intervalo de un minuto, personáronse en el Tribunal Correccional los autores de los relatados hechos de la víspera: Esperanza—con su Lulú en un brazo—y Edith, por una parte; y el joven, por otra parte.

La casualidad hizo que los tres se sentaran en el mismo banco, codeándose, pero sin dirigirse una sola palabra. El joven, caballero a carta cabal, saludó a las dos bellas desconocidas, mas éstas, pecando de soberbias, como si nada.

El joven fué requerido en primer lugar por el juez, y principió el breve interrogatorio:

—Es usted Martín Van Huisen, ¿no es cierto? ¿Cuál es su profesión?

—Soy ingeniero civil, al servicio del contratista de obras don Alejandro Warner.

Edith y Esperanza se miraron a un tiempo al oír la respuesta del joven, y aquella dijo a su amiga:

—Qué coincidencia. Trabaja para tu padre.

—Sí, eso he oído; pero de hoy en adelante, ya no trabajaré por mi padre.

—¿Tan disgustada estás con él? No seas rencorosa hasta ese extremo.

—¿Dime por quién sino por él estamos aquí... con esta gente?...

—Pero...

—Calla, que quiero escuchar la sentencia.

Esta fué la siguiente:

—Veinte dólares, o veinte días de prisión.

—Aquí está el dinero, señor juez.

—Bien. Puede retirarse.

Martín abandonó el sillón de los acusados, y acto seguido, el magistrado llamó a Esperanza.

—Señorita Esperanza Warner.

Martín detuvo en la misma puerta de salida del Tribunal, al oír el nombre de la desconocida, cuyo apellido correspondía al de su jefe.

Esperanza aproximóse a la mesa del juez, depositó en ella el Lulú, que lamió, sediento, el agua de un vaso de uso exclusivo del representante de la Justicia, quien protestó de ello, y cumplió, no sin molestar en grado superlativo al juez, con sus altivas respuestas, con los requisitos por que tuvo que pasar.

—Soy la hija del millonario Alejandro Warner—dijo, convencida de que tal revelación causaría efecto en el ánimo del magistrado.

Martín no pudo por menos de alegrarse al conocer ese detalle importantísimo, y esperó a ser testigo de cómo Esperanza salía de aquel apuro.

El juez, hombre recto y poco amigo de tole-

rar desplantes de niñas tontas, castigó con todo rigor a la denunciada.

—Cincuenta dólares o cincuenta días de prisión.

—¿Cincuenta? Es un...

—No le permito el más insignificante comentario. Sírvasse pagar o...

—¿Me presta un momento su pluma, y le firmaré un talón del Banco?

—Aquí no aceptamos cheques, señorita.

—¿No sabe usted quién soy yo, señor juez?

—Sí; demasiado que lo sé. Una señorita muy soberbia y muy egoísta que cree que hasta la Ley puede ser juguete de su capricho.

El auditorio se rió, y ello puso furiosa a la "niña rica", que prosiguió, siempre con altanería:

—Mi padre le enviará el dinero dentro de una hora, señor juez.

—Lo siento, pero tendrá usted que aguardar a que traigan el dinero detrás de la barra, con los demás presos.

Edith miró horrorizada a los detenidos con quienes Esperanza tendría que mezclarse hasta recibir el dinero para pagar la multa, pero vió cómo al mismo tiempo que su amiga se disponía, llena de repugnancia, a obedecer al severo juez, Martín, para evitarle el bochorno de estar junto con gente maleante, se acercaba a la hija de su jefe ofreciéndole los cincuenta dólares que necesitaba para ser puesta en libertad.

Esperanza, por exagerado puntillo, rechazó

ese dinero... mas lo aceptó al fin, amedrentada por las miradas de los presos.

Edith respiró satisfecha.

¡Qué susto para las dos "niñas"!

Esperanza había sido educada para reina, por lo menos, y los millones de su padre servíanle de asiento al trono.

Una innmoderada ambición por las pompas y vanaglorias sociales distinguía a la señora de Warner, y como por sus venas no circulaba sangre azul, era lógico que supliera esta falta con orgullo y altivez.

De regreso a la regia morada de sus padres, Esperanza enteró al contratista de su "nuevo caso".

—He estado otra vez en el Tribunal Correccional, papá. Exceso de velocidad... como la otra vez.

—Podías tomar para siempre un abono, y te saldría más barato.

—No fué mía la culpa... Edith te lo puede decir... En fin, eso ya no tiene otro remedio que el pago de la multa, la cual, aunque abonada, debo aún.

—¿Cómo?

—Uno de tus trabajadores me prestó el dinero. Hazme el favor de devolvérselo.

—¿Quién fué?

—No creo que lo conozcas... Su nombre es Martín Van Huisen.

—¿Van Huisen? ¡Ya lo creo que lo conozco! Es el mejor ingeniero constructor que tengo.

—Es notable la manera que tienes de alternar

con tus trabajadores, papá. Eres demasiado democrático.

—Tú qué sabes de estas cosas, hija.

—Tu padre es así, Esperanza—intervino la madre.—Gracias a Dios que tenemos en nuestra familia un varón aristocrático... Tu hermano Guillermin. Mirale, qué educadito y elegante.

—¡Oh, papá, el profesor Click me acaba de decir una cosa pastosa... interesantísima!—exclamó el niño mimado de la casa, a quien su madre intoxicaba su espíritu, con la ayuda de un joven profesor, más pedante que un barbero (sic), con su manía de la distinción.

—¿Qué es lo que te ha dicho el profesor, muchacho?—preguntóle el señor Warner.

—Pues que la margarita, la hermosa flor de los campos, tan laoda por los vates clásicos, no es más que una planta del género de los *bellis perennis*, o sea, una *scaposa astericea*.

El padre del "intoxicado" levantóse de su asiento, llevóse las manos a la cabeza, tiróse de los pelos, y dijo:

—¡Bondad divina! ¿Cuándo se va a decidir mi familia a bajar de las nubes y vivir en la tierra?

—Ve, hijo mío, ve con el profesor; tu padre tiene hoy muchos asuntos en que pensar y no está para nada—dijo al nene su mamá.

El "erudito" Click, acostumbrado al carácter "práctico" del padre de su alumno, ya no hacía caso de esa clase de alabanzas, que le dirigía de cuando en cuando...

Esperanza se había puesto melancólica. Su madre, al advertirlo, creyó dar en el clavo.

—¿Estás pensando en Archibaldo Pembroke, hija mía?

—No, mamá; pensala en un hombre a quien vi hoy por primera vez... un vulgar "cualquiera".

—Alégrate, hijita: pronto llegará Archibaldito.

No era el padre de Esperanza muy ducho en psicología femenina. Y se devanaba los sesos buscando la razón de las frecuentes visitas de su hija al edificio que estaba él construyendo... de acuerdo con los planos de Martín Van Huisen.

Un día, yendo con Edith y Archibaldo Pembroke—el partido elegido por la señora Warner, porque era rico, aristócrata y su hermana se había casado con un título,—Esperanza se aventuró a ir a buscar a su Lulú en una parte del edificio peligrosísima, y por poco, presa de vértigo, no cayó al arroyo.

—¡Vuélvase atrás! ¡No comprende que corre usted peligro?—le gritó Martín, previendo el accidente.

Pero Esperanza, que no quería recibir consejos de nadie, y mucho menos del ingeniero, siguió en sus trece, teniendo al fin que agarrarse a una tabla suspendida en el vacío, con pérdida del conocimiento.

Nadie gritó pidiendo socorro con más energía que Archibaldo Pembroke... sin moverse de su sitio.

En cambio, Martín, arriesgándose en la hazaña, salvó a Esperanza, devolviéndola a su padre, que pasó un mal rato.

Un obrero recibió en sus brazos a la hija del "arroyo", cuando, una vez salvada, se desvaneció ligeramente de nuevo, mas eso no fué nada... nada más que un truco de la "niña" para que Martín la volviese a proteger.

Archibaldo y Edith comentaron el pasado peligro, omitiendo alabar la conducta de Martín.

No obstante, el valeroso joven no se quejaba...

—Es una verdadera lástima que a un hombre tan rico como al señor Warner le haya tocado una hija como la que tiene... tan velcidosa—le dijo aquel obrero que por un momento la tuvo en sus brazos.

—No, Miguel: no es velcidosa. Un poquitín voluntariosa y ligera de cascos, eso es todo.

Por su lado, Esperanza, venciendo ciertos escrúpulos, por antipáticos, decidía seguir el dictado de su conciencia.

Y buscó, a solas, a Martín.

Y le habló así:

—¡Gracias! Ha salvado usted mi vida... y realmente... se lo agradezco... mucho...

Luego, ya en su casa, con objeto de olvidar a Martín resueltamente, tuvo que pensar en él tanto y tanto, que pronto hubo de confesarse a sí misma que estaba perdidamente enamorada del ingeniero.

Archibaldo Pembroke se determinaba, simultáneamente, a pedir la mano de Esperanza, dejándole a su madre una valiosa sortija con esta condición:

—Dígale a Esperancita que si la lleva esta noche sabré que he sido aceptado.

\*\*\*

De los amagos de idilio en el perfumado ambiente del jardín, pasaron Esperanza y Martín a prometerse firme amor.

Cuando eso llegó, Esperanza no tenía más deseo que el de enterar a su madre, a cuyo efecto entró en la casa, encontrando a aquella "tirando" las cartas.

—¡Oh, Esperanza, qué preocupada estoy! Un hombre moreno va a traer trastornos a nuestra casa.

—Por esta vez, las cartas no se han equivocado, mamá.

—¿Por qué lo dices?

—Te delo un secreto de mi corazón.

—Dímelo, que me muero de impaciencia.

—Sé que te voy a causar un gran disgusto, pero... ¡amo a Martín y quiero casarme con él!

—¡Oh! ¡Eso es absurdo, Esperanza! ¡No es posible que hayas perdido el seso! ¡Qué dirían nuestras amistades! No debes despreciar a Archibaldo. Jamás ese empleado de tu padre podría comprarte una joya del valor de esta sortija, que tu pretendiente aristócrata te acaba de regalar.

—Es muy bonita, mamá, y no la rehuso... pero yo...

—Reflexiona, hija mía, reflexiona... Esta noche volverá Archibaldo.

—Martín también vendrá a hablar con vosotros...

—¡Conmigo no! ¡Por Dios, hijita, no cometas una locura!

En vista de que su madre se oponía tenazmente a su matrimonio con Martín, Esperanza reveló con todo detalle su secreto a su padre, que se mostró mucho más razonable.

Y, a la noche, Martín hizo su presentación en la casa de su futura, recibiéndole muy mal la



—Martín también vendrá... a hablar con vosotros...

señora Warner, pero muy bien el señor idem.

Mientras los novios se entregaban al placer de su soledad en el saloncito íntimo, Archibaldo y Edith llegaron a la casa, aquél con la esperanza de que su pretendida no le reservaba una calabaza.

Mas sufrió un tremendo desencanto. Ajenos de ello, los novios vivían instantes deliciosos.

—He traído el anillo de compromiso, Esperanza. ¿Lo quieres?

—Sí, Martín...

El se lo puso a ella en el anular de su diestra, besándolo luego con inmenso cariño.

Pero al hacer la comparación de tal anillo



*...los novios se entregaban al placer de su soledad...*

con el de Archibaldo, Esperanza recordó la observación de su madre. Poco era, en efecto, el valor del regalo. Y sólo pudo decir:

—Es un anillito muy simpático.

Martín comprendió que el obsequio le había parecido insignificante a ella, y se disculpó de

no haberse "portado" mejor, con estas palabras:

—Deploro en el alma que mis medios no me permitan otro más valioso.

—Esperanza corrigióse instantáneamente:

—Su modestia no impide que me guste, Martín, porque tú me lo diste.

—Gracias, Esperanza.



*El se lo puso en el anular de su diestra, besándolo luego con inmenso cariño.*

Aquí apareció ante los novios el pequeño Guillermin, el niño débil, de cartón.

—¡Hola, Guillermin!—saludóle el ingeniero.

—Le buscaba a usted, Martín. Gracias por la pelota que me ha enviado, Mirela. Es la primera que llega a mis manos y me prometo mu-

cha diversión con ella. Quiero tener buenos bíceps, como usted.

—Si sigues mis consejos los tendrás. Y si no los sigues, peor para ti.

—Los seguiré, Martín... si el profesor Click no me lo prohíbe. Ve usted, ya viene a buscarme. Tengo la cabeza llena de palabras raras. Se empeña en que aprenda el Esperanto.



—Quiero tener buenos bíceps, como usted.

—Adiós, y si con todo eso no pillas una anemia, eres un héroe y te nombro obispo.

Guillermo desapareció riendo, y Esperanza, satisfecha del cariño que su hermano y Martín se demostraban, dijo a éste que sería inútil intentar que el niño cambiase de carácter, porque su madre no toleraría el menor cam-

bio en el método de educación que ella misma había impuesto al varón de la casa.

—Tu madre se inclinará ante la evidencia de los hechos—contestó Martín.—No es que pretenda en modo alguno rehacer toda tu familia, pero si estoy decidido a quitarle el diminutivo a Guillermin y hacer de él todo un hombre.

—¡Eso está bien! Concentra todos tus afanes reformistas en Guillermin; yo no me opongo, pero déjame a mí tranquila.

—No temas, Esperanza. Sé amoldarme al carácter de cada cual. Y ahora, creo que ha llegado el momento de que te diga que tengo un padre.

—¡Ah!

—Vive en esta misma ciudad... y quiero que lo conozcas.

—Bueno... Iremos a verle cuando tú quieras.

Martín sentía curiosidad y al propio tiempo temor por conocer la actitud de Esperanza ante personas "fuera de su esfera".

El padre de Martín había construido su casa de modo que le recordaba su viejo hogar, allá en Holanda.

Martín no había tenido jamás el valor de desarraigar a su padre de aquella vieja casa, llena para él de tiernos e inefables recuerdos.

El automóvil que conducía a los prometidos atravesó un barrio obrero muy modesto, y al fin detúvose ante la vivienda del anciano.

Aquellos entraron en la casa, sin encontrar en la pieza comedor a nadie.

—¡Qué mal huele esto!—dijo Esperanza mirando un puchero que hervía en el fuego, tapándose la nariz con un pañuelo impregnado de *Rose d'amour*.

—Ese extraño olor que percibes, es de coles agrias y rabos de cerdos... Probablemente es la primera vez que llega a tus finas narices ese "perfume".

—¡Y espero que sea la última vez, Martín! Estoy viendo que voy a tener que marcharme.

—Eso es falta de costumbre. Todo necesita aprendizaje. Voy a llamar a mi padre. ¡De frente a estribor, papá! ¡Distinguida visitante a bordo!

Al poco apareció un viejito la mar de simpático, con una sonrisa y una señora pipa en sus labios. Abrazóse a su hijo, que lo levantó en sus brazos como si fuera un chiquillo.

Esperanza no se encontraba bien en aquella casa.

—Tanto gusto en conocerla, señorita,—saludóla el padre de Martín tendiéndole la mano, que ella apenas estrechó.

—La señorita Warner y yo estábamos comprometidos para casarnos, papá. Quizá todavía lo estamos...; el caso es que todavía no se ha decidido—explicó Martín, con doble intención.

Entonces es bueno que la hayas traído, para que tu padre te diga lo buen muchacho que eres... y que como tú no hay otro hombre en el mundo para hacer la felicidad de una mujer. Siempre ha sido, señorita, la niña de nuestros ojos. Su pobrecita mamá le adoraba. Voy a enseñarle, señorita, algunos recuerdos de la

infancia de Martín. Son tesoros que su madre y yo hemos conservado siempre, y de los que yo no me separaré nunca... Espere un momentito...

Mientras el viejo abría un mundo y sacaba de él esos recuerdos, Martín, advirtiendo que Esperanza deseaba terminar aquella visita, le murmuró:

—Creo adivinar lo que piensas en estos momentos, pero te pido que no obres sin reflexionar.

Esperanza se había quitado el anillo de compromiso, y volvió a ponérselo... para pensar mejor lo que debía hacer.

El padre de Martín, marcando a Esperanza con el humo de la pipa, que inundaba la estancia, volvió a su lado con los recuerdos del ayer del ingeniero.

—Este vestidito y estos zapatitos de lana, se los hizo su madre, que Dios haya acogido en su seno.

—Muy bonitos...

—La pobre mamá y yo... todo lo creíamos poco para Martín.

—Es cierto, padre... Gracias a vuestro interés, soy lo que soy.

—Esta toquilla es sagrada... La última vez que la pobre mamá se la puso fue la víspera del día que murió. ¡Pobrecita!

—Vamos, padre, no llore...

—¡Era tan buena, hijo mío!

Y también por las mejillas de Martín rodaron unas lágrimas.

Esperanza hubo de decir algo, y dijo:

—Es muy hermosa esta toquilla. En mi vida he visto trabajo más limpio y fino.

Martin no supo comprender si Esperanza se burlaba o hablaba sinceramente.

El anciano prosiguió :

—Por nada la cambiaría yo.

Luego, el padre de Martin introdujo a su hijo y a su prometida en la casa, para que ésta



—Este vestidito y estos zapatitos de lana se los hizo su madre...

la viera toda, y durante este tiempo los gatitos del buen viejo destrozaron la piel de abrigo de Esperanza.

El disgusto que la "niña" tuvo por esta causa, añadido a la mala impresión que le produjo la visita a tan modesta casa, la hicieron pro-

meterse a sí misma que jamás querría volver.

El pobre viejo quedó triston, porque no había dejado de ver todo ello, y además porque Esperanza se negó a besarle.

Ya de nuevo en el automóvil, para regresar, Esperanza dijo a Martin:

—¡Por lo que más quieras en el mundo, Martin, no vuelvas a traerme a este barrio infundido!

—Bien, Esperanza. Ahora ya sabes quién es mi viejo, mi querido padre: un hombre de pueblo, cuya vida ha sido un seguido de honradez y laboriosidad.

—¡Pero fuma un tabaco que apesta terriblemente!

—Es verdad: sin embargo, él cree que no le hay mejor.

—¿Me prometes no fumar nunca una pipa de esas?

—Sin vacilar me comprometo a ello. Ya sabes que casi no fumo.

—Entonces, si me das la seguridad de que no me traerás nunca más aquí y que jamás veré en tu boca una pipa, sígo firme en mi deseo de ser tu mujer. ¿Aceptas?

—Por tu amor, todo, Esperanza. Me entrego a tu corazón.

Y pasaron los días, y el de la boda era ya próximo.

Esperanza trató de olvidar su visita al padre de Martin, pero sabía de sobra que el anciano esperaba ser invitado a la boda.

El profesor Click ayudó a Esperanza a man-

dar invitaciones, y los criados no daban abasto a repartirlas. El mayordomo andaba enamorado de la doncella mayor, y a pesar de los desdenes de ésta, confiaba en rendirla a sus pies. Todos los motivos eran buenos para tenerla a su lado, y en ocasión de recoger las invitaciones de la mesita del escritorio para ir a echarlas al buzón, tropezó intencionadamente con la amada, que llevaba una bandeja en la mano con correo para los señores.

De resultas del tropiezo, cayéronseles a uno y otro las cartas.

— Si insiste usted en molestarme, me quejaré — amenazó la doncella al mayordomo.

— ¡Después que te quiero tanto! ¡Pero ya te conquistaré, orgullosa, descuida!

Martín halló a Esperanza entregada a su tarea de dirigir invitaciones. La lista de amistades era interminable.

— ¿Qué, ya está todo, vidita?

— Ya era hora, chico. He estado toda la tarde escribiendo. Estoy segura de que no he olvidado a nadie.

— Yo también estoy seguro de que no has olvidado a "nadie". Nuestra boda promete ser un acontecimiento. ¡Cómo me envidiarán los hombres!

— ¡Y a mí las mujeres, Martín!

Y al marcharse el ingeniero, Esperanza, en vista de que él no le había hablado de su padre, comprendió que le dejaba a ella la decisión de invitarle o no. Y apareció en su espíritu una visión que la disgustaba horriblemente.

"Consideraba llegado el momento de la cere-

monia nupcial. El padre de Martín, vestido con un levitón secular, fumaba tranquilamente su pipa de madera. De súbito, al aparecer la novia, el viejo se escondió dicha pipa, encendida, en el faldón de la prenda de etiqueta, y al poco ésta ardía, provocando la risa general. Veía también desmayarse a la señora Warner, y otras cosas más, capaces de envolverla en el más espantoso



— ¡Después que te quiero tanto! ¡Pero ya te conquistaré, orgullosa, descuida!

ridículo."

Al despertar, decidió no mandar invitación a su futuro suegro, para evitar la posibilidad de tales escenas. Pero después la voz de su conciencia le reprochaba ese olvido; y se reproducía la lucha entre el "sí" y el "no".

Venció el "sí"... y nuevamente, oponiéndose a sus buenos impulsos, la visión de la "horrible" escena... el espanto de su madre, la risa de sus amigas... ¡el ridículo! derribaron al "sí" y dominó definitivamente el "no".

De modo que el anciano no recibirá la invitación que le correspondía en justicia, y que él esperaba ansiosamente, todos los días, al paso del cartero.

—¿No hay nada, Benjamín?

—Nada, señor Peter.

—¿Está usted seguro?

—Quien espera, desespera y duda hasta de los amigos.

—Es que me extraña, sabe usted, no recibir una carta...

—Ya llegará, señor Peter, ya llegará...

Ni aun la prueba del fastuoso *trousseau* logró acallar en Esperanza la voz de su conciencia, y como no estaba de humor, nada tiene de particular que escogiera una combinación de encaje de seda negra en vez de la que su madre y la modista le proponían como de última moda... y a propósito para lucir las formas en toda su redondez.

Entretanto, Martín visitaba a su padre.

—Papá, tengo una butaca para el concierto... va a ser un verdadero acontecimiento musical, y quiero que asistas.

—Has hecho bien en pensar en mí, hijo mío. Más que la proporción de divertirme te estimo la prueba de cariño.

—No merece la pena, papá.

—Para tí, tal vez no; para mí, sí. Pero,

ahora que me fijó, ese concierto se celebra la tarde en que tú y ella os casáis...

—Sí, es verdad... Es casual... Creo que te gustará mucho...

El anciano ocultó su pena y dijo, sin osar mirar a su hijo a la cara:

—Gracias, hijo mío. Hace mucho tiempo que no he oído buena música... La última vez, ¿recuerdas? fuimos tu madre y yo.

—Sí, sí, recuerdo...

Aquella tarde, al regresar a su casa, después de recorrer un sin fin de tiendas y almacenes, Esperanza, desde su automóvil, vió al padre de Martín, y se apeó para hablar con él.

—¡Hola, señor Van Huisen! ¡Cuánto me alegro! ¿Me permite que le lleve hasta su casa?

—Si usted se empeña... Iba precisamente a ver a usted.

—¿A mí? ¿A mi casa, no?

—Hacia ella iba, como usted pudo ver.

—¿Tenía que decirme algo?

—Sí... Tengo un regalo de boda para ustedes... He lo aquí en este paquete, cuyo volumen ya disimulará... Espero que le gustará...

—Gracias... No dudo que me gustará, señor Van Huisen... Supongo que ha estado usted sin novedad estos últimos tiempos.

—Sí, he estado muy bien, gracias... Todas las trazas son de que voy a vivir todavía mucho tiempo... demasiado tiempo, creo yo.

—¿Por qué demasiado?

—Cuando un hombre se hace tan viejo que hasta su propio hijo se avergüenza de él ¡va-

liera más que se muriera, para paz y tranquilidad de todos! Cuando son niños y nos pisan, nos reímos. A lo más, nos lastiman el dedo... ¡Y con qué gusto procuramos adivinar sus más insignificantes deseos para complimentarlos! Pero cuando son crecidos y nos lastiman... entonces es diferente... ¡entonces nos pisotean el corazón, truncando bruscamente las ilusiones que nos habíamos forjado! ¡Es sensible, pero es así!

Esperanza ocultó las lágrimas que las palabras del anciano habían arrancado de sus ojos, y sólo le pudo decir, antes de que él se apareara del "auto":

— Martín es bueno, señor Van Huisen... muy bueno.

La señora Warner lo había dispuesto todo de forma que la boda de su hija fuera el acontecimiento más brillante de la temporada.

Al regresar Esperanza, su madre y sus amigas, curiosas por saber lo que encerraba el paquete que le entregara a la novia el padre de Martín, quisieron que lo desenvolviera.

— Qué olor tan penetrante a tabaco tiene— dijo una de ellas.

Y mientras deshacía el paquete, Esperanza contestó:

— Es un viejo obrero que solía trabajar a las órdenes de Martín. Se empeñó en hacerme este regalo de boda.

Y diciendo esto, cayeron al suelo una docena de bolas para la polla y apareció la sagrada toquilla que sirvió para arropar a Martín en su

infancia y a su difunta madre en sus últimos momentos.

La señora Warner y las "niñas", sin detenerse a reflexionar un poco, lanzaron sonoras carcajadas.

Esperanza, herida en lo vivo y emocionada, quitó el venerable recuerdo a sus amistades y huyó con él hacia su cuarto y se dejó caer en su cama para llorar.

Se acercaba rápidamente la hora que había de traer a Esperanza la mayor felicidad de su vida.

Vestida ya, la novia estaba triste.

Guillermo, que ya no era tal Guillermo, sino Guillermo, gracias a los ejercicios gimnásticos que le aconsejara Martín, fué a buscar a su hermana a su cuarto, en el que la halló a solas con sus pensamientos.

— ¿No vienes, Esperanza? Martín acaba de llegar. ¡Está más guapo!

— Guillermo. No soy más que una tacaña de mi corazón. No sé por qué un hombre como Martín se quiere casar conmigo. Y he estado pensando que no debo casarme.

— ¿Qué dices?

— Yo sería una esposa ideal para un pollito como Archibaldo Pembroke. Es elegante, su familia también... ¡No, no soy digna de Martín!

— Pero, ¿por qué?

— Sí, es lo mejor. ¡Lo haré!

— ¿Qué te pasa? No te comprendo.

— Ve a buscar a Archibaldo Pembroke y haz

preparar el "auto".

—Pero...

—No puedes comprender, Guillermo. Si quieres ver feliz a tu hermana, no la contraries.

—Yo haré lo que tú me digas. Ya sabes lo mucho que te quiero.

Un poco después.

Edith había visto a Esperanza fugarse en



*Y diciendo esto cayeron al suelo una docena de bolas para la polilla...*

"auto" con Archibaldo, y enteraba de ello a un grupo de invitados.

—¡Una bomba para ustedes! ¡Esperanza ha desertado de Martín ante el mismo altar y se ha dado a la fuga con Archibaldo!

—Hay que avisar...

—Todavía no. Dejen que Esperanza tome una buena delantera.

La misma Edith, cinco minutos después, acercábase a Martín, que platicaba con el señor Warner, y, como si hablara con sus amigas, dijo:

—¿Qué le habrá pasado a Esperanza, que no está aquí? ¡Pobre Martín!



*—¿Qué le habrá pasado a Esperanza que no está aquí? ¡Pobre Martín!*

Y la noticia de la fuga brotó de labios de todos, como un rayo.

La señora Warner desmayóse, como era de rigor, y el contratista, menos "sensible", no acertaba a dar con el motivo de la locura de Esperanza.

Martín no perdió la serenidad, con lo que desilusionó a Edith, la cual, como sus amigas, creía que, impulsado por la cólera, cometería algún acto desesperado.

En aquel momento, Esperanza y Archibaldo descendían del automóvil y entraban en una casita humilde, donde un viejo acariciaba a unos gatitos.

—Pero, ¿es usted?— dijo el anciano a Esperanza.

—Sí, señor Van Huisen; soy yo.

—¿Se han casado ya?

—No. ¡Oh, tengo que hacerle una confesión horrible! Usted no querrá que su hijo se case conmigo cuando sepa lo que le he hecho.

—¿No! ¡No creeré jamás que un angelito blanco como usted tenga que hacer una confesión horrible!

—No fué Martín el que se olvidó de mandarle una invitación para nuestra boda... Fui yo... y lo hice deliberadamente. No sé cómo tengo el valor de decirle a usted todo esto. Es que creo que no hubiera podido casarme con Martín si no me hubiera descargado de este peso... Deliberadamente no le invité a usted a nuestra boda porque creía que mis amigas se reirían de usted. ¿Me perdona?

—¿Perdonarla, Esperanza? A mis brazos. Lo principal es que Martín no esté avergonzado de su padre.

—Quiero que venga usted conmigo y que presencie la boda.

—No, hija mía; no quiero que sus amigas se rían de mí.

—Ya no me importa.

—En este caso, siéntese y espere unos instantes... En seguida vuelvo.

En efecto, al poco volvió el padre de Martín, pero transformado, causando asombro a Esperanza.

—¿Caramba, señor Van Huisen, qué elegante!



—No fué Martín el que se olvidó de mandarle una invitación para nuestra boda... Fui yo...

—¿Verdad que sí, hija mía? Martín me compró este traje de ceremonia, con su correspondiente chistera y este bastón, para que pudiera asistir al concierto de esta tarde, al que, por cierto, no iba a ir.

— ¡Oh, señor Van Huisen! ¡Ahora lo comprendo todo! Martín compró esa ropa porque sabía muy bien que de una manera u otra vendría usted a nuestra boda. Vamos corriendo, que el novio espera.

Como todo eso fué rápido, apenas la señora Warner se recobraba, cuando llegaron a la casa Esperanza y su suegro, con Archibaldo.

Este, que se había prestado al juego por amistad, enteraba a todos de lo sucedido, y se hicieron los más originales comentarios.

Esperanza se dirigió a Martín, que con el contratista se hallaba en un salón particular, y sorprendida, le habló de la siguiente manera:

— Martín, perdóname. Me he retrasado media hora. Me extraña esa calma. Yo me figuraba verte paseando de un lado a otro furiosamente o bien recorriendo toda la ciudad en busca mía.

Martín, abrazando a su novia, le contestó:

— Mi calma se deriva de un pensamiento que no me ha abandonado desde que empecé a conocerte. Eres una mujer buena en cuyas manos se puede poner sin miedo la felicidad de un hombre.

Completamente dichosa, Esperanza presentó el padre de Martín a su propio padre, y los dos viejos simpatizaron mucho.

Y un cuarto de hora después, Esperanza y Martín ya eran marido y mujer.

Esperanza no se negó más a besar a su nuevo padre, pero le impuso la condición *sine qua non* de que no fumase su pipa hasta después de haberla besado a ella.

Después, los suegros se aislaron, para no ser molestados, y el señor Warner, oliendo con fruición el humo del tabaco que fumaba el viejo Van Huisen, no pudo contener esta queja:

— Van Huisen, soy un rico muy desdichado. Mi mujer no me permite fumar una de estas pipas tan sabrosas.

— Todo tiene arreglo, Warner. Venga a



*...Esperanza presentó el padre de Martín a su propio padre, y los dos viejos simpatizaron mucho.*

verme de vez en cuando a mi casa. Allí tengo otras pipas como esta. Fumaremos juntos, ¿eh?

También el mayordomo era feliz, pues acababa de vencer la oposición de la arisca don-

cella. Y pronto se casarían para no ser menos que los señoritos.

Por su parte, los novios volaban, en "auto", hacia el amor.

En la carretera les salió al paso un agente de vigilancia del tránsito rodado, obligándoles a detenerse.

—Han incurrido ustedes en falta. Me veo obligado a denunciarles.

—Perdone, pero como la señora y yo...

—¿Cómo?... ¡Ah! ¿Son ustedes recién casados? ¡Haberlo dicho antes! Esta vez van a tener sentencia para largo...

Y el "auto" volvió a volar... y los del "auto" se agarraban fuerte.

¡Ay, qué envidia!

FIN

Revisado por la censura militar

Próximo Número

La maravillosa producción alemana

## Por orden de la Pompadour

Genial interpretación de

*Lya Mara*

Grandes Exclusivas de  
*Modesto Pascó*

Postal regalo: *Leatrice Joy*

10 FOTOGRAFÍAS

Precio: 30 Cts.

LA NOVELA FILM  
se pone a la venta  
en toda España los  
dos los martes.

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios convenientes de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barbadá, 16. — BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el quinto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

Los Hijos de París

O

La Novela de una Obrera?

¡Pida esta obra en todas partes!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

Honrarás a tu madre



## NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Scaques a Gento breve	El Joven Maudslayi
2	Las dos esposas	El Príncipe de Zenda
3	Verdad o mentira	La Estrella
4	Las cuatro (antes del pasapelo)	Las aventuras de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Madame Imperium
6	Delicia. El Negro	Mary Planchard
7	En punto del camino	Thomas Widdow
8	Relatos	Nova Sorlos
9	Corazón trinitario	Angela Mrs. Lena
10	Por la puerta de servicio	Edith Clayton
11	Misaventuras	Charles Her
12	El Indomado	Yvonne Martin
13	Como aman los mujeres	Roscoe Anselme (Fanny)
14	La fuga de la noche	Lord Bonnell
15	Por venir a su madre	Walter Ford
16	Jugador del destino	Ludovic Laguard
17	El niño penitente	William S. Hart
18	Los Miserables (Special)	Mary Miles Minter
19	En Océano o millonaria	Carrie Fennell
20	El Crimen del Millonero Paris	Essie Lee
21	La esposa invisible	Roscoe Anselme
22	El secreto profesional	Mabel Fennell
23	De cara a la muerte	Perford Anselme
24	Walter Lee de nuit	Lola Wilson
25	El casto del amor Vindicta	Antonio Moreno
26	El Dilema	Paul White (Piero Anselme)
27	El martirio del vivir	William Fennell
28	Osella (Dramatic)	Ernest Phillips
29	Al borde del abismo	Ernest Ross
30	El milagro de Lourdes	Joseph Ayres
31	El caballo de correa	Angela Fennell
32	Su Sombra y dante	Caroline Tolmache
33	La Madona	Madame Fennell
34	La Princesa Cruel	Shirley Mason
35	Corría en libertad	J. Warner Merrigan
36	La Novela de una estrella de cine	Pauline Fennell
37	La Hiena, la Oveja (Special)	Marie Elton
38	Una aventura	Paula Meyer
39	La Alegria del Rebelde	Julia Cooper
40	La juventud de oro	Mary Carr
41	El mundo del cine	Vivian Fennell
42	Las aventuras del arroyo	Lillian Gish
43	Fanny, la vida romántica	Albino Caproni
44	El Tío Poldo	Eric May
45	Laurea, Impresora y Actriz	Tom Moe
46	La vida de la nobleza	Gertrude Swanson
47	La aventura del viaje	Fanny Carr (Special)
48	Amor Divorcio	Ernestine Fennell
49	Toma de agua	Larry Stone (Special)

**EN BREVE:**

La grandiosa novela francesa

# **La Canción de la Huérfana**

**¡Acontecimiento editorial!**

(Biblioteca Femenina de LA NOVELA FILM)

